

Marta Sanz

*Animales domésticos*



Esteban es un obrero que no se siente obrero y, desde su inconsistente púlpito, habla por los que no tienen voz. Elías es un parado de cuarenta y tantos que, hipnotizado por los cantos de sirena del INEM, llega a la conclusión de que no se quiere, hasta que una mañana, al mirarse al espejo, descubre la imagen de un *self made man* en potencia. Lucrecia es una anciana que deja de leer para no sentirse abrumada por la grandeza de unos sentimientos novelescos que no reconoce en el pequeño, castrante, calentito y verdadero amor que le profesa un esposo con el que ha engendrado una manada de mamíferos feos y estúpidos. Carola es una mujer compasiva, que se cree fuerte e independiente, pese a estar pegada a una familia política que, como un piojo, le chupa, sexual y afectivamente, la sangre. Julio es un viejo sin Alzheimer que no reconoce las calles por las que pasea y, por tanto, se pierde a sí mismo. Marcela es un proyecto de coneja que, por medio de la inseminación artificial, lucha para ocupar un hueco en alguna parte y se convierte en el ejemplo vivo de que no hay malo peor que el tonto malo...

Los protagonistas de *Animales domésticos* son personas que encuentran en las falacias del individualismo, de la cultura, del amor romántico o de la procreación, una herramienta de salvamento personal: un espacio heroico, en el que unos se hunden para siempre, mientras que otros logran flotar gracias a un repentino brote de lucidez.

Con un curioso sentido del humor y con una prosa llena de energía, Marta Sanz logra trazar un certero retrato de una clase media, degradada económicamente, perdida y difusa, en una ciudad en obras que se transforma en símbolo de los devenires y contradicciones de nuestra historia reciente.

## Índice de contenido

Cubierta

Animales de compañía

Capítulo I ANIMALES DOMÉSTICOS

Capítulo II MELODRAMA

Capítulo III UN DESENLACE DE CLASE MEDIA

Sobre la autora



*A, ante, bajo, cabe, con, contra,  
de, desde, en, entre, hacia, hasta,  
para, por, según, sin, so, sobre,  
tras Constantino Bértolo.*



*Era sin duda una honrada plebe anodina, curada  
del espanto de las revoluciones, sectaria del orden y  
la estabilidad, pueblo con gabán y sin otra idea  
política que asegurar y defender la picara olla;  
proletariado burocrático, lastre de la famosa nave;  
masa resultante de la hibridación del pueblo con la  
mesocracia, formando el cemento que traba y solidifica  
la arquitectura de las instituciones.*

BENITO PÉREZ GALDÓS

*Miau*. Guadarrama, 7.ª ed. 1982. Pág. 334

## Capítulo I ANIMALES DOMÉSTICOS

NAVES. URALITA. Prefabricados. Carteles rojos. Marcos de ventanas de aluminio. Cables de alta tensión. Postes de la luz. Cajas de cartón vacías. Pasos de cebra. Perros muertos. Chuchos. Anaranjados, con las orejas grandes y la panza blanca. Patas arriba. Tiosos. Duros. Rígidos. Rodeados de líquidos. A punto de pudrirse al sol. Marcas de neumáticos y de grasa en la calzada. Tufo a gasolina. Estructuras de chalés en construcción. Matrículas de coches. Cristales rotos de factorías sin chimenea. Chimeneas. Bidones. Pasos a nivel de propiedades privadas. Casetas de vigilancia. Señales de tráfico. Verjas. Farolas. Guardias jurados. Cosas que ya no sirven. Ruido de motores y de aparatos de ventilación. Aire acondicionado que rezuma. Escombreras. Cacas de rata. Esprays insecticidas. Ruedas de triciclos. Líneas continuas y discontinuas. Puntas de hierro oxidadas. Latas aplastadas de refrescos. Envoltorios de bollería industrial. Cascotes. Amapolas, lavandas y campanillas.

—Viva la vida.

Esteban acaba de mirar a su alrededor. Las amapolas le han jodido profundamente. Después de haber terminado la segunda serie de probetas de hormigón de la jornada, tiene hambre y un dolor de riñones que es como un runrún dentro y fuera de la piel. Se ajusta las cinchas de la faja y se dirige hacia la furgoneta, atravesando un barrizal que le mancha las punteras reforzadas de las botas de trabajo. La lluvia de ayer hace que esta mañana sea mucho más difícil. Esteban mira el sol, radiante, aún no muy alto, y sospecha

que, dentro de una hora, ese mismo sol empezará a pegarle mordiscos en el cogote.

—Me cago en dios.

Esteban se da unos pellizcos en los riñones, se los masajea como si fueran una miga de pan sobada y, de camino a la furgoneta, se para y echa un trago del botijo de Jarauta.

—Bebe. Está muy fresca.

Esteban toma un poco más de agua y le da una palmada en el hombro a Jarauta que está sentado sobre unos ladrillos, fumándose un cigarro y mirando, con los ojos guiñados, hacia el cielo. A Esteban se le ocurre que Jarauta es de la edad de su hermano Elías, y ese pensamiento le asusta. El sudor es ácido y a Jarauta, al resbalarle por la piel, le ha ido dejando marcas profundas de gusanos aradores de la sarna. Esteban es un poeta mudo pero, aun así, las amapolas le han jodido profundamente.

—Jarauta, qué buen aspecto tienes hoy.

—Pues tú te estás quedando calvo.

Esteban solo tiene un par de años menos que el propio Jarauta. Jarauta ignora la edad de Esteban. Esteban se cuida. No ha engordado. No tiene cicatrices. Casi no ha sufrido cortes ni accidentes laborales. Nunca ha pasado por la cama de un hospital. No le han dado puntos. Lleva pocos años en esto. Está soltero. Puede hacer de su capa un sayo y, claro, eso se nota a la fuerza. Esteban trabaja aquí, porque su padre es amigo del jefe. En el fondo, Esteban es un niño bien. Majo, pero un niño bien.

—Pero, vamos a ver, ¿tú qué haces trabajando aquí?

Cada vez que Jarauta le formula esa pregunta, Esteban le responde que ni siquiera él puede vivir del aire. A Jarauta los primeros días no le entraba en la cabeza que Esteban se pasara las horas barriendo el sótano del laboratorio o desencofrando probetas. Jarauta no podía imaginarse a Esteban en el momento de salir del trabajo con briznas de azufre seco en el pelo y con olor a demonio; sin embargo, se lo representaba muy bien dándose una ducha, al llegar a

casa, cambiándose de ropa y yéndose al cine para ver una película subtitulada, en compañía de amigos que hablaban de política y de saxofonistas de jazz. Todos juntos se colocaban delante de esas pantallas insoportables de los minicines: la lentitud en el movimiento de los brazos de los actores, las chicas no del todo guapas que pronuncian sentencias grandilocuentes e incomprensibles, con una voz cascada que parece salirles de las regiones más escondidas de sus organismos.

—Del coño, de ahí es de donde les sale.

—¿Qué?

—Nada, hablaba para mí.

—Bueno, Jarauta, me marchó, que tengo una toma en la otra punta de Madrid.

Esteban entra en la furgoneta y arranca. Al mirar por el espejo retrovisor, le sorprende una visión repentina: Jarauta, sentado sobre unas rasillas, se ha levantado la camiseta y se mira el agujero del ombligo; da la impresión de que Jarauta va a meterse dentro de sí mismo, introduciendo la cabeza por la oquedad negra de su ombligo. Jarauta es un espécimen de pensador moderno.

Esteban sale por un camino de arena y se incorpora a la carretera del polígono industrial. Baja la ventanilla para que entre un poco de aire. El interior de la furgoneta es un horno, y Esteban acomoda varias veces el culo que se le queda repegado al plástico del asiento. La primera no le entra bien. Coloca el espejo retrovisor. Cierra el cenicero que huele a cuernos quemados. A pies sucios, piensa Esteban. El ozonopino se le ha acabado y el teléfono móvil comienza a sonar.

Lucrecia se chupa el dedo índice y pasa la página de la novela de Iván Turguénev que está a punto de acabar. Esta tarde asistirá al acontecimiento semanal que ella ha elegido para reconocerse precisamente como Lucrecia y no como una anodina hembra de sesenta y nueve años: los encuentros literarios de los jueves.



Lucrecia pasa la página con avidez. Cuando lee, jamás se olvida de sí misma y lleva cada palabra y cada acontecimiento al territorio de lo que ya ha vivido o al de lo que le queda por vivir. No es que se identifique con un personaje en concreto, sino que reconoce mínimos fragmentos que, de repente, le remiten a detalles que tenía olvidados o que le obligan a reconstruir retazos de su propio carácter que, de no haber leído una página, esa página en particular, le habrían pasado por alto. Estando dentro de ella, perteneciéndole, le habrían pasado por alto. Por eso, Lucrecia cree que, de no haber leído ciertas páginas en particular, una parte de su ser se le hubiera quedado traspapelada, y esa creencia le produce cierto repelús, como si cada vez que se metiera en la cama, se sobresaltara al no identificar como suya la mano en la que reposa su cabeza. Entonces, echa hacia atrás su brazo mecánico y palpa el bulto omnipresente de Julio, los tirantes de su camiseta Ocean, los pelos de dentro de sus orejas grandes. Y todo vuelve a su lugar. Ella se reencuentra de nuevo consigo misma, porque Julio ocupa su hueco de colchón y huele a ungüentos mentolados. Esta es una emoción que Lucrecia no comparte con ningún miembro de su familia. Incluso, algunas veces, Lucrecia se acerca mucho a Julio y le pone la mano cerca de la boca para cerciorarse del calor de su aliento, porque ha dejado de oír el soplido de la respiración de Julio, y a Lucrecia le entra el pánico y, entonces, le pega patadas en las espinitas o le mete los dedos entre los pelos de las axilas y, en ese instante, Julio se revuelve, y ella aproxima, otra vez, la oreja hasta la boca de su marido para escuchar con atención el ir y venir de las respiraciones. Julio nunca sabrá que cada noche Lucrecia lo salva de morir ahogado.

Cuando Lucrecia reflexiona sobre por qué guarda silencio respecto a estas impresiones, se justifica con el argumento de la defensa de su intimidad; otras veces, le molesta cavilar en una clave tan común, no soporta que su pensamiento esté cincelado a partir de frases hechas y de pam-

plinas, y se castiga asumiendo, finalmente, que no le queda nadie para hablar de estas cuestiones, que se sentiría culpable de tanto egoísmo, cómo entretener a Esteban o a Elías con los problemas de una existencia ociosa, cuando ellos solo pueden preocuparse de los asuntos que de verdad tienen importancia: el peso de los zapatos, las salas de espera de los médicos, el precio de una chaqueta. Lucrecia sabe perfectamente qué asuntos son los que tienen importancia y duda de que leer a Turguéniev sirva en medio de una bronca de sábado por la noche o en un fin de mes apretado. O, tal vez, sí; o tal vez, todo consiste en no dejarse embaucar, en no permitir que a una la ensimismen, en ir siempre hasta el tuétano de los huesos.

En esas situaciones, Lucrecia tira el libro porque le exaspera la indecisión y el darle vueltas al mismo círculo vicioso. Se niega a aceptar que fatigarse sin moverse tenga algún sentido, y se para de nuevo y dice en voz alta:

—O, tal vez, sí.

Lucrecia se chupa nuevamente el dedo índice y pasa página y, cuando ya ha recorrido con la vista el cincuenta por ciento de la extensión de la hoja, vuelve al principio porque lo único que le retumba en la caja del cráneo es o tal vez sí, o tal vez sí y el chillido de pavo del telefonillo.

Se levanta para abrir. Como siempre, Julio ha olvidado las llaves. Él llega de comprar el pan, y se dirige hacia la cocina para cortar los picos de las barras, con el cuchillo de sierra.

—Es que los ratones mordisquean los corriscos.

Lucrecia lleva casi cincuenta años viéndole hacer lo mismo; así que ya no tiene que mirarlo ni con curiosidad ni con cariño ni con gesto de reproche. Ya solamente lo escucha desde lejos, desde otra habitación, y los tintineos de los cubiertos, el ruido de los líquidos al ser trasegados o el número de pasos que Julio da sobre el linóleo de la cocina, indican a Lucrecia el lugar exacto en el que se encuentra

Julio al celebrar uno de los rituales cotidianos con los que construye su vida. Desde que era un niño.

—Rissssssssssss...,

Julio arrastra las migas de la encimera con el canto de su manaza, y las hace caer sobre el cuenco abierto de su otra manaza. Después, deposita los residuos en la basura y coge la bayeta para dejar repulida la superficie del mueble de cocina. Lucrecia escucha el sonido de la llave del grifo, el sonido del agua mientras llega, el chapoteo de la bayeta debajo del chorro.

—Lucrecia, hay que lavar la bayeta, que ya empieza a oler.

Todo despacito. Muy despacito. Julio coloca las barras en el aparador destinado a pan y bollería, y entra en el cuarto de baño para asearse, porque a las once ha quedado, en el centro de la tercera edad, con algunos amigos para jugar una matutina partida de dominó. Julio cierra con el pestillo y, desde detrás de la puerta, se escuchan los ruidos del siguiente ritual, el paso de las hojas del periódico, la crin del cepillo sobre el cuero cabelludo, la cisterna, más grifos, la cuchilla de afeitar contra los pelos tiesos de la barba, la salida de aire de los esprays para los pies.

Lucrecia, mientras tanto, ya está poniendo en remojo con detergente la bayeta de la cocina.

—¿Qué más quiere que le diga?

El que pronuncia estas palabras es un hombre menudo de unos cuarenta y pocos años. Se dirige a otro hombre menudo, pero con una calva incipiente diferente de la de Elías. Mientras que a Elías empiezan a retrasársele las raíces del pelo, sobre todo, en los laterales del cráneo, su interlocutor exhibe algo parecido a una tonsura. Los dos muestran enormes manchurroneos de sudor en las axilas, porque es mayo y ya hace calor. Antes de que Elías se levante de la silla, dando un manotazo encima de la mesa, tras la que permanecerá imperturbablemente sentado su interlocutor, y

antes de que zanje la conversación con ese qué más quiere que le diga, Elías ha expuesto durante una hora y media larga alguno de los detalles más importantes de su vida.

—Bueno, yo nací el 24 de febrero de 1959 y enseguida...

Había hablado de Carola, su mujer, como de alguien adorable, que está ahí siempre que se le necesita, aunque, en el fondo de su ser, Elías sabía perfectamente que si Carola carecía de una virtud, esta era especialmente la adorabilidad. Ella es ácida e inclemente con él. No le deja descansar, le espolea, le remueve el culo del sofá en esos momentos en los que Elías decide olvidarse y cataloga, por temas, sus recortes del periódico.

—Pero... ¡si ni siquiera los lees!

Y era verdad. Elías una vez que había recortado las informaciones ya no las leía nunca más. Solo las apilaba y se ensuciaba los dedos con la tinta vieja. Otro detalle que Carola tampoco le pasa por alto.

—Eres un cerdo.

También había hablado Elías de su padre y de su madre y de su hermano Esteban y de su hermana Marcela.

—Una familia numerosa.

Había dicho el interlocutor de Elías, y él había pensado que, teniendo en cuenta que sus padres ya estaban en la setentena, y que tanto él como sus hermanos habían nacido cuando todavía había familias de siete, nueve u once miembros, pues que tampoco era para tanto. Pero Elías se calló. Tal vez, por eso, después pegó el manotazo y, mientras pronunciaba aquel qué más quiere que le diga, vio cómo de su boca abierta salían unas microscópicas partículas de baba que, a contraluz, se estrellaron contra los labios de su interlocutor, que se pasó la manga por la boca y ya no dijo ni una palabra más.

Entonces Elías agarra la puerta y se va sin fijarse en los detalles que, al entrar en el cuarto donde su interlocutor recibe, le habían resultado desagradables. Porque, al llegar y

decir buenos días, Elías ha mirado el techo que amarillea por las esquinas y las tuberías de la calefacción que recorren los tabiques. El neón del techo parpadeaba, a punto de fundirse, y era mareante. En las paredes, carteles con mensajes en favor de la salud pública, clavados con chinchetos de cabezas alarmantemente plateadas. No se podía fumar y, a la espalda de Elías, rodeando las paredes del cuarto, destacaba una hilera de sillas de falsa piel, negra y cuarteada, con patas y reposabrazos de aluminio. Mientras Elías repasaba la estancia, su interlocutor había comenzado a completar su ficha con los datos de rigor: el nombre, los dos apellidos, el domicilio, el estado civil, el número de hijos, los estudios, la profesión, el periodo de tiempo que Elías llevaba sin trabajar, el nombre de la última empresa en la que había desempeñado sus labores profesionales. A Elías le hubiera gustado seguir por ahí. No es que tuviera ganas de contarle a su interlocutor que cada jefe era un cabronazo, más bien necesitaba reflexionar en voz alta sobre lo que significaba la expresión «desempeñar labores profesionales». Sin embargo, el interlocutor obvió el tema y fue directo al grano: aquello de la familia y de las relaciones con Carola, y el tabaquismo y el número de copas que se tomaba después de la comida, y el insomnio, y si su padre le partía la boca cuando era pequeño, y su irascibilidad de mayor, y la decisión de no tener hijos propios, y la conciencia sobre su pesimismo y la carencia de amistades y el ponerse como un energúmeno cada vez que se subía al coche.

—Tiene usted incluso una denuncia por agresión.

—Absolutamente cierto; sin embargo, no soy un pesimista.

Elías, al principio, siguió el juego que le proponía su interlocutor y le dijo algunas mentiras sobre Carola y sobre la felicidad de su infancia, sobre Julio, su padre, que era un pedazo de pan, y sobre cómo disfrutaba de pequeño robándole los cromos a su hermano Esteban y levantándole

la falda a su hermana, que se ponía a llorar como una me-ma. Pero después Elías le dijo a su interlocutor, que tenía aspecto de ser una persona inteligente:

—¿Me está usted hablando en serio?

Y un poco más tarde fue cuando la sangre se le subió a la cabeza y salió de allí tarifando, como una hidra, desbocado, tal como su interlocutor esperaba que saliera. Y eso le puso todavía de peor humor, porque hacía un segundo que el interlocutor le había dicho a Elías:

—Lo que a usted le pasa es que no se quiere lo suficiente.

Y Elías se había vuelto a aguantar para no darle a su interlocutor la satisfacción de actuar como se esperaba de él; después, la conversación le comienza a parecer demasiado surrealista, como si no estuviera hablando de sí mismo, y el neón le empieza a producir cierto dolor en las sienes, cierta sobrecarga en los ojos, y se queda sin saliva, y percibe la respiración de su interlocutor, el oxígeno que vibra en los pelillos de las fosas nasales, el ruido de los motores del aire acondicionado, los goteos de las cisternas, y los mensajes de las paredes se le vienen encima, murales mentirosos, negrito y blanquito cogidos de la mano, todos los camellos del barrio convertidos en hermanas de la caridad, somos diferentes, somos iguales, los moros vinieron a caballo y con gorros rojos segaron cabezas, bienvenidos amiguitos kosovares y amiguitos retrasados, todos somos partidarios de la educación compensatoria, mi hermana Marcela también fue a clase con niñas mucho más normales que ella, vamos a luchar por que el mundo esté definitivamente bien hecho, organicemos una guerra humanitaria, es urgente, cuida la naturaleza y a las focas, recicla, también a los negritos, recicla y consigue que este planeta sea tu planeta, no dejes que tu papá y tu mamá fumen, te están matando sin pedirte permiso, darle un beso a un fumador es como chupar un cenicero, practica algún deporte, bienvenidos amiguitos rumanos e indiecitos de Ecuador que, cuando

salgan de los sacos en que sus mamás, cantantes de los vagones del metro, los envuelven, sabrán cultivar la tierra, siente un pobre a su mesa, todavía sirve eso y un millón para el mejor, los banqueros ya no son como en *Mary Poppins*, vamos a cantar juntos un tema de Joan Baez y a asistir por televisión a una ablación de clítoris, gárrulas paredes que provocan que el cuerpo de Elías pueda más que él y es entonces cuando da el manotazo, dice su frase y se larga de aquel centro social del ayuntamiento, antes de inscribirse en el programa que los de la oficina del paro le habían recomendado que siguiera.

—Hay que joderse.

Dice Elías en voz alta, mientras rodea el parque que le conduce hasta el bloque de pisos en el que Carola le estará esperando, posiblemente, con un humor todavía peor que el suyo. Elías ha pasado tanto miedo que, ahora, cuando casi no le queda nada que perder, a veces pega un berrido. Sin embargo, sin saber por qué, tiene mala conciencia. Va a hacer un poco de tiempo antes de llegar a casa. Hasta que se le pase.

—Esta noche vienen a cenar los chicos.

—¿Todos?

—Sí.

—Ah, pues muy bien, pues formidable.

Eso sí que se le podía reconocer a Julio. Casi nada le venía mal. Nunca se le cerraba la billetera. Nunca ponía pegas. Siempre tenía buen talante, como ahora que camina a lo largo del pasillo, con la raya del pelo perfectamente dibujada y oliendo a polvos de talco y a *after shave*. A Lucrecia no le hace falta verle. No es necesario que se asome hacia el pasillo por la puerta de la cocina. Sin embargo, Julio sí que se asoma.

—Estás muy guapa hoy.

—Sí.

Y Julio se queda tan contento. No se pregunta nada sobre el sí de Lucrecia; para Julio, un sí es un sí, un signo de